

guna tentativa por el estilo? Y una vez la reacción empezada, ¿quién la detendría? En tales circunstancias recibió Máximo de Azeglio el despacho que le mandaba regresar á Turín. Leyólo entre líneas y resolvió no volver á la corte hasta después de haber puesto en estado de defensa las provincias que le mandaban abandonar. Un mensaje de Cavour no contribuyó poco á afirmarlo en aquellas ideas. Al lado del peligro de la reacción, había otro muy real y que preocupaba grandemente á De Azeglio, el peligro de la anarquía. En un país turbulento, largo tiempo reprimido, y privado de pronto de toda autoridad, ¿no iba á correr gran peligro el orden público? En vez de concentrar sus tropas para la evacuación, como se lo exigían las instrucciones oficiales, Azeglio las repartió entre las antiguas guarniciones pontificias, ocupó fuertemente Bolonia y delegó luego sus poderes en su jefe de Estado mayor, coronel Falicón. Entonces, y sólo entonces, regresó á Turín. Inmediatamente después de haber llegado, presentóse al rey: «Señor, le dije, he desobedecido á Vuestra Majestad; mandadme ante un consejo de guerra. — Habéis hecho bien,» le replicó Víctor Manuel, después de haber escuchado su justificación (1). Para desaprobado su conducta, el rey hubiera tenido que condenar á sus propios ministros. En aquellos días Ratazzi, ministro del Interior, procuraba, á pesar de las recomendaciones contrarias de Napoleón III, que las tropas piemontesas fuesen mantenidas en Bolonia. El ministro de Hacienda, Sr. Oytana, fué quien, por medio de subsidios secretos, hizo que las autoridades romañolas pudiesen atender á los servicios públicos (2).

Apenas habían transcurrido tres semanas desde la paz de Villafranca, y ya el tratado parecía caduco. Desde las costas de Liorna hasta las lagunas de Rávena, el ejército, la policía, la administración, todos los resortes de la autoridad se hallaban en manos de amigos del Piemonte. En Florencia, en Módena, en Parma y en Bolonia se había establecido todo un nuevo orden de cosas que tenía en su favor lo que en derecho civil se llama el beneficio de la posesión, y lo que en política se llama la fuerza del hecho consumado. Ya sólo faltaba conducir al pueblo á las urnas y someterle combinaciones de antemano dispuestas de tal modo que no hubiese más remedio que aceptarlas. Ricasoli en Toscana y Farini en la Emilia iban á dirigir aquella consulta. Había el peligro de la intervención diplomática. Pero se acentuaba un rumor tranquilizador. Decíase que el tratado de Villafranca, en lo concerniente á la Italia central, no podía ser ejecutable sino por la persuasión; y esta doctrina, que proscibía el empleo de la fuerza, llenaba de satisfacción á los que no habían empleado otra cosa en toda su vida.

Desde Turín primero, y después desde Leri, donde se había retirado, Cavour siguió el desarrollo de aquella obra que era la suya. Libre de toda reserva, puesto que no ocupaba el poder, no perdonó medio de enredar la madeja, al extremo de que nadie pudiese desenre-

(1) Carta del Sr. de Azeglio al Sr. Rendu, 24 de julio de 1859 (*Correspondance politique de d'Azeglio*, pág. 109). — Véase también Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 162.

(2) Véase el discurso pronunciado por el Sr. Pepoli en el Parlamento italiano en 23 de noviembre de 1862 (*Atti del Parlamento italiano*, pág. 3523).

darla. Después de haber puesto las cosas á punto, juzgó que tenía derecho á descansar un poco. A principios de agosto, uno de los buques que servían la costa saboyana del lago de Ginebra lo desembarcó en Hermance, desde donde, á ratos en coche y á ratos á pie, subió á Pressinge, para pasar una temporada en casa de sus fieles amigos, los Sres. de la Rive, compañeros habituales de sus días de desgracia ó de descanso. Al llegar, sólo unas pocas palabras revelaron sus recientes ansiedades. «El emperador, dijo con singular precisión y con un acento libre ya de amargura, me dió excelentes razones para no empezar la guerra, pero ninguna para hacer la paz.» En los días siguientes mostróse á sus huéspedes con rostro sereno, curioso de agricultura ó de libros nuevos, ávido de excursiones que repararan sus fuerzas, prestándose á todos los juegos, hasta los más familiares, y á todas las conversaciones, hasta á las de más abandono. Cavour no dudaba de su vuelta al poder y calculaba, con una precisión casi matemática, la duración de su retiro. «No hay que mirar hacia atrás, decía, sino hacia adelante.» ¿Qué le importaba que otro ministerio ocupase el primer término de la escena? Si otros tenían los hilos, ¿no era él quien los hacía mover? Sin celos de ninguna especie, podía tolerar que durante algún tiempo los despachos enviados desde Turín á las cancillerías europeas fuesen firmados por el que él llamaba «el buen Dabormida.»

II

En medio de aquellas prosperidades que dejaban entrever muchas otras, los renovadores de Italia temían que Francia no olvidase bastante pronto ni de un modo bastante completo el tratado que acababa de firmar.

A últimos de julio, hallándose el emperador descansando de sus fatigas en Saint-Cloud, empezaron á acudir mensajeros de los diversos puntos de la península. Añádase á éstos todos los negociadores oficiosos, semituristas, semi-diplomáticos, guiados por simple curiosidad ó por afán de darse importancia, y que asediaban las redacciones de los periódicos, las antecámaras de los ministerios, todos los círculos en que se crea la opinión pública. A todos guiaba un mismo fin: captar la protección ó asegurar al menos la tolerancia del emperador. Todo podía darse por conseguido si él consentía en no ver lo que pasaba tras los montes, y sobre todo si impedía que los demás lo viesan más que él.

Según tradiciones que empezaban á caer un poco en desuso, para llegar hasta Napoleón III había que pasar por el palacio del *quai d'Orsay*, es decir, por el ministerio de Relaciones extranjeras. El ministro del ramo, Sr. Walewski, inspirándose en las impresiones de los diplomáticos de la antigua escuela, profesaba varias máximas pasadas de moda, y una de éstas consistía en que los tratados han de ejecutarse al pie de la letra, y como era inflexible, tan áspero como leal, parecía formular siempre resoluciones irrevocables, aun cuando no hacía más que emitir simples opiniones. Tomando por punto de partida las estipulaciones de Villafranca y ateniéndose á ellas escrupulosamente, recomendó al señor Des Ambroises que organizara la confederación italiana bajo la presidencia del papa, idea que, aunque sólo databa de quince días atrás, parecía ya un anacronismo.

Estuvo algo duro con el delegado de Módena, pero el más maltratado de todos fué el representante toscano, Sr. Peruzzi. Con una franqueza brusca, Walewski aconsejó la restauración de los príncipes loreneses, sin vacilación y sin dilación alguna. «Contentaos, añadió, con el hijo del gran duque; así lo exigen los tratados. Por lo demás, el Piemonte no lleva tan lejos su codicia, y el mismo Cavour protestaría contra semejante ambición.» Como el delegado florentino objetase el voto de las poblaciones y la imposibilidad de contener á los revolucionarios exasperados, le replicó el ministro: «Tememos á Mazzini cuando expide sus sicarios desde Londres; no le tememos en Italia.» Peruzzi buscó consuelos y estímulos entre los amigos del Piemonte y practicó toda clase de diligencias para conquistar el apoyo de los principales periódicos. Por mucho que hiciese, no escapaba á la influencia de Walewski, cuyo tono perentorio le intimidaba; así es que, en sus informes á su gobierno, aconsejaba la prudencia, y no la audacia. Aconsejaba que hiciesen votar por la próxima Asamblea la prescripción de los derechos del gran duque y que se confiase luego á las potencias el cuidado de fijar los destinos de Toscana. No se atrevía á hablar de anexión, juzgando que sería mucho conseguir si se obtenía la exclusión de la dinastía lorenesa (1).

Napoleón III ¿pensaba lo mismo que su ministro? No era de creer, si se recordaban las palabras dichas por él en Turín á Pepoli y á Cavour. Lo que confirmaba las esperanzas era la solicitud del monarca en curar las heridas causadas por Walewski. Todos los despachos que en aquellos días se enviaban á Italia podían resumirse en dos palabras: los delegados eran muy mal recibidos en el *quai d'Orsay*; en cambio, estaban encantados de la benevolencia del emperador. Sin embargo, circuló el rumor de que ciertos agentes de los príncipes destronados habían sido recibidos también en Saint-Cloud y que habían salido igualmente encantados de la audiencia imperial. Hacía falta poner la cosa en claro. Con tal objeto, expidieron de Turín, no un correo oficial, no un embajador extraordinario, sino un mensajero de carácter íntimo que averiguase hasta dónde podía llevarse la audacia sin incurrir en temeridad.

Este personaje, que tan importante papel había de desempeñar en los años siguientes, era un gran señor milanés llamado el conde Arese. Napoleón quería mucho á sus amigos del destierro, y particularmente á Arese. Este era compañero de su juventud, y en el círculo de sus relaciones, en que abundaban los aventureros, el nombre, la fortuna y el carácter del noble conde lo habían hecho digno de una augusta predilección. Entre el emperador y el patricio milanés subsistía además el recuerdo de un inolvidable favor. En 1836, Bonaparte, después de la intentona de Estrasburgo, había de ser desterrado á los Estados Unidos, y Arese concibió un proyecto que en la antigüedad hubiera encontrado su puesto en un *Tratado sobre la amistad*. Pasó á Liverpool á toda prisa y allí se embarcó, sin enterar al príncipe, á fin de llegar á América antes que él, recibirlo con los brazos abiertos á su llegada y compartir con él el destierro. ¿Quién era capaz de olvidar tan ingeniosa

(1) Partes del Sr. Peruzzi al Sr. Ridolfi, 2 y 6 de agosto de 1859 (Poggi, *Memorie storiche*, tomo I, págs. 182-183, 186-187; tomo III, págs. 90-91, 96-97).

y grata sorpresa de la abnegación y el afecto? Durante meses, ambos amigos vivieron inseparables, y el futuro emperador, en momentos de expansión, prometió á Arese, según se dijo, que si algún día le era favorable el destino, se acordaría de la suerte de Italia (2). Durante el cautiverio de Ham, las relaciones habían continuado en forma de una correspondencia, no siempre muy seguida, pero sí afectuosa y abandonada hasta la intimidad. Compañero de los días aciagos, Arese siguió siendo el amigo, pero el amigo discreto y poco ruidoso de los días faustos. Lo que aumentó su influencia fué que no hizo uso de ella: su patrimonio le ponía al abrigo de la necesidad y su modestia era superior á los honores. Y no pidiendo nada para sí, estaba seguro de obtener mucho cuando abogara por su patria.

Arese llegó el 3 de agosto á París. Viajaba de riguroso incógnito y no llevaba ninguna misión oficial, pero tenía que entenderse con el caballero Des Ambrois y emplear, en caso de urgencia, la clave telegráfica de la legación. Fué hospedado en Saint-Cloud, donde se le hizo una acogida muy afectuosa, no sólo por el emperador, sino que también por la emperatriz, que le apreciaba mucho, á pesar de que la causa italiana no le era muy simpática. Pero si el antiguo amigo fué colmado de atenciones, el negociador no tuvo, al parecer, ocasión de felicitarse de igual modo. Dícese que el emperador se quejó mucho: los toscanos habían estado muy flojos durante la guerra; la sublevación de las Romañas había irritado al partido católico; Cavour había despertado odiosas que iba á ser igualmente imposible satisfacer ó reprimir. Vendo al fondo de las cosas, Napoleón se mostró más fiel de lo que hubiera podido creerse á las estipulaciones de Villafranca. Protestó contra toda idea de agregar la Toscana al Piemonte; nada de eso se había convenido en Plombières, y la Toscana tenía recuerdos demasiado antiguos y gloriosos para fusionarse así con un Estado vecino. En el intervalo de algunos días, enviaronse á Florencia dos agentes franceses, los señores Reiset y Poniatowski, para crear, ó secundar al menos, un cambio de opinión en favor de los príncipes loreneses. Sólo en un punto parecía entonces dispuesto el emperador á favorecer las ambiciones piemontesas. Decía que el territorio de Parma podía unirse al Piemonte y que la duquesa de Parma recibiría en cambio el principado de Módena, de modo que el único sacrificado sería Francisco V, príncipe muy impopular. Fué todo cuanto obtuvo Arese.

Dos cosas atenuaban, sin embargo, el fracaso relativo de su misión. Aquella primera derogación del tratado de Villafranca hacía esperar que se arrancaría en detalle lo que, considerado en masa, hubiese parecido excesivo ó peligroso. Además, á través de las palabras del emperador, se adivinaba cada vez más el propósito de no intervenir y de impedir toda intervención ajena. No pasaría de dar consejos. Interrogado Poniatowski en Turín, donde estuvo de paso para Florencia, acerca de su misión, contestó que su papel se limitaba á *rogar á las poblaciones que recibiesen á sus príncipes* (3).

Si no se trataba más que de resistir á ruegos, la timidez hubiera sido tontería. Encontrándose aún en

(2) Véase Bonfadini, *Vita di Francesco Arese*, pág. 48.

(3) Carta del Sr. de Matteucci al Sr. Ridolfi, 17 de agosto (Poggi, *Memorie storiche*, tomo III, pág. 118).

Francia el conde Arese, Ricasoli adelantó algo á Módena, á Parma y á las Romañas, é hizo proceder á las elecciones. Estas fueron lo que habían de ser, con su cuerpo electoral limitado, en presencia de hechos casi consumados y bajo la mano del rudo hombre que dirigía los negocios de Toscana. Acaricióse la esperanza de conservar, aun bajo el cetro de Víctor Manuel, alguna autonomía. El desacuerdo de los partidos reaccionarios hizo lo demás, de modo que la hostilidad más viva no pasó del retraimiento. En esto llegaron á Toscana los agentes del gobierno francés, primero el Sr. de Reiset y pocos días después el Sr. Poniatowski. Los ministros toscanos recibieron al Sr. de Reiset con mucha cortesía, y le invitaron luego, con una amabilidad un poco irónica, á recorrer el país é interrogar á sus habitantes, á fin de darse cuenta de las simpatías que los príncipes loreneses habían dejado. La recepción de Poniatowski fué algo más suscita. «¿Traéis poderes en regla que os acrediten cerca de nosotros?» le preguntó el ministro de Negocios extranjeros, Sr. Ridolfi. Como no traía, se le objetó aquel mismo principio de *no intervención* que su amo sostenía, según se afirmaba. Permaneció algún tiempo en Florencia, reunió los restos del partido reaccionario, fué el centro de algunas manifestaciones abultadas por los partes de la policía, y desapareció *obscuramente* (1). Mientras tanto, la Asamblea se había reunido, celebrando su primera sesión el día 11 de agosto. El 12, se le sometió una proposición que consagraba la prescripción de los derechos de la casa de Lorena. En las secciones y en la comisión, la discusión fué breve y desapasionada. La sesión pública consistió en la simple lectura del dictamen favorable al proyecto. El 16, la prescripción fué pronunciada sin ningún voto en contra. Cuatro días después, por unanimidad menos tres votos, fué decidida la anexión á Cerdeña. En la plaza de la Señoría numerosos grupos prorrumpieron en aclamaciones ruidosas, como hacen los pueblos por las cosas nuevas y que tienen aspecto de grandeza.

Habíase acordado que una delegación llevase á Víctor Manuel el voto de los toscanos y le ofreciese la corona. Cuando estas noticias llegaron á Turín, produjeron allí una gran alegría mezclada con muchos apuros. Mientras el imperturbable Ricasoli seguía adelante sin conocer obstáculos, los ministros sardos se asustaban de su fortuna. El emperador había parecido juzgar la anexión imposible. ¿Era prudente contrariar sus deseos sin pedirle al menos el permiso de obrar contra sus consejos? Arese acababa de regresar de París. Pero como no se dudaba de su abnegación, se le rogó que volviese á partir en seguida para Francia. Sólo él podría sondear el misterio de que se rodeaban los pensamientos imperiales. Preguntado previamente sobre la oportunidad de la nueva visita, Napoleón contestó con su acostumbrada afabilidad: «Me alegraré mucho de ver á Arese; el 10 de septiembre estaré yo en Biarritz.» La delegación toscana iba á llegar de un momento á otro, y no sería posible tenerla mucho tiempo en suspenso. En vez de esperar el 10 de septiembre, Arese viajó, según la expresión de su biógrafo, *in fretta e in furia* (2). El 30 de agosto se encontraba en los Pirineos y visitó al em-

(1) Poggi, *Memorie storiche*, tomo I, págs. 196-199, 228-231; tomo III, págs. 128-132.

(2) Bonfadini, *Vita di Francesco Arese*, pág. 202.

perador en Saint-Sauveur. En el camino había recibido de la emperatriz una carta poco benévola en que decía: «Hago todo lo que puedo para hacerme italiana; pero ¿no teméis probar á Europa que el oficio de redentor es oficio de tontos?» A pesar de tan desagradable pronóstico, Arese encontró en el emperador disposiciones que empezaban á ablandarle. Con mucha habilidad, dejó entrever los manejos revolucionarios que agitarían á la Italia central si se la dejaba abandonada á sí misma; á lo cual replicó Napoleón que, en tan temible eventualidad, no se opondría á que dichas regiones fuesen ocupadas militarmente. El objeto principal era la contestación á dar por Víctor Manuel á los delegados toscanos. Arese había sido portador de dos proyectos de discursos: el uno se reducía á una aceptación pura y simple; el otro formulaba más que una aceptación condicional y remitía la solución definitiva al juicio de Europa reunida en congreso. El emperador desechó el primer proyecto y toleró el segundo sin asentir del todo; después de lo cual despidió á su amigo. Visiblemente, el monarca estaba cansado de Italia, que daba demasiado que hablar y sobre todo se mostraba insaciable. Pero era también visible que acabaría por ceder, á la larga, por cansancio, por antiguas simpatías, por importunidad de insistencias reiteradas; y esa manera de ceder sería la peor de todas, puesto que así indispondría á sus favorecidos y les evitaría, en todo caso, el trabajo de la gratitud.

Mientras Arese se alejaba de Saint-Sauveur, los delegados toscanos, procedentes de Liorna, desembarcaban en Génova, donde fueron recibidos con grandes demostraciones de alegría, que se repitieron durante todo el viaje. En Turín la acogida fué tan pomposa, que no se hubiera hecho más por huéspedes reales. Eran soberanos, en efecto, y se les prodigaba tanto más los homenajes cuanto que venían para abdicar. El día 3 de septiembre, á las cuatro de la tarde, en medio de un gentío inmenso, fueron al palacio real y entregaron solemnemente al rey el acta de las deliberaciones de la asamblea. Esperábase con viva ansiedad las palabras del príncipe. Este dió las gracias, como era debido, á los que se le entregaban, ponderó la necesidad de un reino fuerte que asegurase la independencia nacional y expresó el deseo de agrupar bajo su cetro á las poblaciones de la Toscana. Después de haber manifestado así sus preferencias personales, Víctor Manuel, como si todavía no se hubiese atrevido á proclamar sus ambiciones, se abrigó, con afectada modestia, detrás del juicio de Europa. «La realización de nuestros deseos no puede operarse sino por vía de las negociaciones que se entablarán sobre los asuntos de Italia. Escudado con el derecho que vuestra resolución me confiere, sostendré vuestra causa cerca de las potencias, y sobre todo cerca del magnánimo emperador de los franceses que tanto ha hecho por la nación italiana. Espero que Europa no se negará á realizar, respecto á Toscana, la obra reparadora que, en circunstancias menos favorables, ha realizado hace poco respecto á Grecia, Bélgica y los Principados.»

El alcance del discurso de Víctor Manuel iba á depender sobre todo de la interpretación que se le diese, y los italianos procuraron forzar aquella interpretación. Cavour, vuelto de Suiza y muy consultado como siempre, dijo á los delegados florentinos: «Hay que dar á

las palabras reales el sentido más lato posible (1).» Lo que aún no era más que una esperanza fué presentado al público como una certeza. Los delegados toscanos fueron obsequiados con toda clase de banquetes por los cuerpos del Estado y por el municipio, y hasta por la ciudad de Milán, que quiso asociarse á la común alegría; y en todas aquellas fiestas, á los delegados se les trató como compatriotas, unidos ya bajo las mismas leyes y el mismo cetro. En Florencia se hizo más. Una vez transmitido por telégrafo el discurso real, una proclama de la autoridad municipal amplió la noticia al extremo de dar á entender que la reunión era definitiva. En seguida fueron publicados ó puestos en estudio una serie de decretos encaminados á unificar de antemano las costumbres ó la legislación. Ricasoli y sus amigos decían: «Hay que crear lazos de hecho tan fuertes que jamás puedan romperse por más que se quiera.»

Mientras tanto, en torno del emperador, se hacían grandes esfuerzos para contener el movimiento que los italianos procuraban activar. Apenas había salido Arese de Saint-Sauveur, cuando llegó allí el príncipe de Metternich, embajador de Austria, quien expuso vivamente el peligro de las concesiones, añadiendo que aquellas derogaciones del tratado de Villafranca tendrían por consecuencia el aplazamiento de los proyectos generales de su soberano acerca de Venecia. A propósito de dichas observaciones, publicóse en 9 de septiembre una extensa nota en *El Monitor*, cuya nota era una satisfacción á Austria y un aviso al Piamonte. Un mes antes, el aviso hubiera asustado. Pero ya se acostumbraban los italianos á las reconvenções imperiales. El redactor del periódico oficial cuidaba, por lo demás, de asegurar que los archiduques no serían repuestos por ninguna fuerza extranjera. Por consiguiente, la represión se convertía en homilía. «Continúa el doble juego,» decía desdeñosamente La Farina (2). «No hay que interrogar al emperador, sino que hay que comprenderlo,» añadía De Azeglio (3). «No contestemos, escribía Salvagnoli, y vengüémonos con el silencio (4).» Lejos de moderar la marcha, se resolvió activarla.

Mientras Ricasoli trabajaba en Florencia, Farini no había permanecido inactivo. Había provocado en Módena las elecciones, y del sufragio popular había salido una asamblea que acababa de proclamar, como la de Toscana, la prescripción de los derechos de la dinastía reinante y la anexión á la Cerdeña. Pocos días después los parmesanos hicieron lo mismo, y bajo la influencia de Farini, verdadero dictador en ambos principados, tomaron una doble deliberación: la primera declaraba á los Borbones incapacitados para reinar, y la segunda les convertía á ellos en súbditos de la casa de Saboya. En 15 de septiembre los representantes de ambos ducados llegaron á Turín, como poco antes lo habían hecho los diputados de Florencia, con el objeto de entregar al rey los votos de sus Asambleas. No se había omitido nada de lo que podía excitar el entusiasmo. La reciente nota del 9 de septiembre hubiera podido turbar

(1) Carta del Sr. J. B. Giorgini al barón Ricasoli, 3 de septiembre de 1859 (*Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo III, pág. 269).

(2) La Farina, *Epistolario*, tomo II, pág. 209.

(3) *Lettere e documenti del barone Ricasoli*, tomo IV, pág. 162.

(4) Idem tomo III, pág. 301.

á Víctor Manuel, pero no fué así. Con una tranquila confianza en la benignidad de su poderoso aliado, repitió con algunas variaciones de forma su último discurso á los florentinos. Modeneses y parmesanos prorrumpieron en grandes aclamaciones, y, afectando ignorar que la aceptación era condicional, empezaron á hacer y deshacer como si la anexión fuese definitiva.

Faltaba dar un último paso, pero tan difícil que los más políticos no se atrevían á darlo. Los habitantes de las Romañas, como los de Toscana y de los ducados, habían elegido una Asamblea constituyente, y esta Asamblea, á ejemplo de sus vecinas, había votado la anexión al Piamonte. Sin duda la imitación iba á continuar hasta el fin, y saldría de Bolonia una comisión encargada de llevar al rey el homenaje de los que aspiraban á ser súbditos de él. Pero iba á estallar entonces, sin que ninguna ficción permitiese velar el antagonismo, la oposición entre el antiguo derecho de los tratados y el derecho nuevo. En rigor, los diversos principados de la Italia central podían considerarse, en razón de la huida de sus príncipes, como vacantes. Las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de Rávena no eran más que un desmembramiento de un Estado aún existente. En la capital de ese Estado el rey sardo tenía aún su embajador. Entre ambos gobiernos las relaciones habituales subsistían como entre potencias amigas. No había surgido ninguna querrela que motivase la invasión ó la guerra. Indudablemente los habitantes de las Romañas tenían ciertas quejas legítimas contra la dominación clerical y los cardenales. Pero ¿había motivo suficiente para una expropiación interina que, para ser definitiva, no esperase más que la legislación de Europa ó su silencio? Entre las personas que rodeaban á Víctor Manuel, la cosa pareció tan extraordinaria que se temió un gran escándalo. Los avisos recibidos de París aconsejaban que se evitase una demostración tan comprometida como incorrecta. Afirmóse que, en semejante irresolución, el ministro del Interior, Sr. Rattazzi, insistió en que se siguiese adelante (5). Después de algunas fluctuaciones, el partido de la audacia triunfó. El rey se encontraba entonces en el castillo de Monza, cerca de Milán. Allí recibió, en 24 de diciembre, á los diputados de las Romañas. Por tercera vez repitió el discurso que ya había hecho á los delegados de Florencia y á los agentes de los ducados. Una sola variante se introdujo en las manifestaciones reeditadas. Después de haber anunciado que quitaría al papa, si Europa no veía en ello grande inconveniente, la tercera parte de sus Estados, Víctor Manuel añadió, como para absolverse á los ojos de sus antepasados y ante sus pueblos: «Como príncipe católico que soy, conservaré siempre un profundo é inalterable respeto para con el jefe supremo de la Iglesia.»

III

En dos meses habían desaparecido tres Estados. Un cuarto Estado, el pontificio, se hallaba desmembrado, y este primer ataque presagiaba una ruina total en breve plazo. El reino de las Dos Sicilias, hasta entonces

(5) Discurso del Sr. Pepoli, 23 de noviembre de 1862 (*Atti del Parlamento italiano*, pág. 3523).

sano y salvo, no iba á escapar sin duda á la suerte común. Aquella demolición de todo lo que el antiguo derecho público había establecido, provocaba una sorpresa rayana en estupor. Otra causa no menos grande de asombro era la doctrina nueva que, so pretexto de no intervención, reducía Europa al silencio ó no autorizaba más que una reprobación sin sanción alguna. La diplomacia no tenía ya más refugio que Zurich, sitio designado para las conferencias que habían de transformar en tratado definitivo los preliminares de paz. Allí habían llegado, á principios de agosto, los Sres. de Bourqueney y de Banneville, representantes de Francia, el conde Colloredo (1) y el Sr. de Mysenburg, plenipotenciarios de Austria; algo más tarde llegó el delegado de Cerdeña. Los trabajos se suspendieron pronto. ¿De qué habían de tratar? ¿De la confederación italiana? Nadie se acordaba ya de ella, ni siquiera los que la habían inventado. ¿De las reformas á operar en el Estado pontificio? ¿Buena ocasión de hablar de reformas cuando el propio Estado se disgregaba en pedazos! ¿De la organización del país veneciano? ¿Pero si los vénetos mismos rechazaban desdeñosamente la autonomía y no querían sino la entera independencia! ¿De la vuelta de los archiduques á Florencia y á Módena? Aquí aumentaban los apuros. En Florencia y en Módena Víctor Manuel reinaba ya, al menos provisionalmente, de manera que el plenipotenciario sardo hubiera tenido que deliberar sobre la restauración de aquellos cuya herencia había virtualmente aceptado su rey.

En medio de tal confusión, la crítica se hallaba desconcertada por la abundancia de la materia. La contestación de Víctor Manuel á la delegación de las Romanas había impresionado vivamente al partido católico. En Francia, sobre todo, este partido se mostró irritado, y no distó mucho de considerar la debilidad del emperador como una verdadera defecación; fué el primero que habló en medio de la confusión universal: el obispo de Orleans, monseñor Dupanloup, publicó una elocuente protesta contra los últimos acontecimientos. Otro dignatario de la Iglesia, destinado á adquirir en los años siguientes una ruidosa celebridad, prelado adicto á las doctrinas ultramontanas más extremadas, fogoso en sus escritos, ocurente y brillante en sus conversaciones, piadoso y benévolo en su vida privada, pero implacable con la pluma en la mano, monseñor Pie, obispo de Poitiers, entró también en liza, publicando á últimos de septiembre una *Carta á su clero* en que denunciaba con vehemencia la obra de expoliación que se estaba realizando en las Romanas. Una vez dada la señal, siguieron muchos obispos, y se sucedieron los mandamientos, invadiendo el terreno de la política, so pretexto de que la política había invadido antes el terreno de la religión. Esas piadosas quejas disgustaron en las altas esferas del gobierno. Un agente del ministerio del Interior fué á las oficinas del *Univers* é invitó á su redactor en jefe á que se abstuviese de publicar las pastorales. «Nos ruegan respetuosamente, escribió Luis Veuillot, pero bajo pena de muerte.» Desde aquel momento los periódicos católicos se limitaron á citar los títulos de las pastorales, atrevimiento que todavía disgustó al gobierno, por cuan-

(1) Colloredo fué reemplazado más tarde por el conde Károlyi.

to, según el *Monitor*, «la intención era reprehensible.» Así empezó la lucha entre el imperio y el clero. Los católicos, ya muy animados, se creían en lo más recio de la batalla: se engañaban; aquello no era más que las primeras escaramuzas, tan grandes eran las decepciones que les reservaba el porvenir.

El emperador se encontraba todavía en Biarritz. A su regreso á París, estaba resuelto á detenerse en Burdeos, y como la recepción de las autoridades oficiales había de dar motivo á un discurso, sus palabras eran esperadas con impaciencia. Era entonces arzobispo de Burdeos monseñor Donnet, sacerdote de espíritu vulgar, pero muy bueno, muy popular en su diócesis, muy influyente, aunque capaz de independencia, cardenal, senador, miembro del consejo privado, de jerarquía bastante elevada para ser el depositario de los más augustos pensamientos. Llamado á arengar al príncipe, el prelado mezcló muy hábilmente los consejos con las lisonjas. Empezó alabando á Napoleón por sus recientes victorias, y á seguida recordó el viaje de 1852 y el famoso discurso que años atrás, en aquella misma ciudad de Burdeos, anunció á Francia el imperio pacífico, conservador y cristiano. Partiendo de aquí, el cardenal, con una insistencia no exenta quizá de malicia, recordó al monarca sus precedentes declaraciones en favor del Padre Santo. No defendió la causa del papa con sus propios argumentos, sino con extractos de los discursos imperiales. Monseñor Donnet añadió con una gravedad mezclada con un poco de tristeza: «Rogamos, señor, con más fervor que antes, si es posible, para que Dios os facilite los medios, como os ha dado la voluntad, de permanecer fiel á esa política cristiana que hizo bendecir vuestro nombre y que es quizá el secreto de la prosperidad y de las glorias de vuestro reinado.» Al terminar, el arzobispo, despojando su pensamiento de todo velo, exhortó al emperador á que pusiera término á las ansiedades del mundo católico. Aunque muy respetuosa, la intimación era terminante. La contestación, á través de toda clase de ambigüedades y rodeos, dejó vislumbrar ligeras señales de una orientación nueva. El emperador empezó por «felicitar al arzobispo por lo bien que comprendía su alta misión y procuraba fortalecer la confianza en vez de sembrar inútiles alarmas.» Después de esta lección á los prelados que tomaban á los periódicos por confidentes, el emperador manifestó «la firme esperanza de que una nueva era de gloria se abriría para la Iglesia, si todo el mundo estuviese persuadido de que el poder temporal del Padre Santo no se oponía á la libertad ni á la independencia de Italia.» El tema se prestaba á un magnífico desarrollo, y de aquella idea podía salir todo un programa, quizás fecundo y luminoso. El monarca cambió bruscamente de asunto y aseguró que el Padre Santo no recibiría de él más que «consejos inspirados en la más sincera, en la más respetuosa abnegación.» De toda la arenga imperial, el pasaje que más llamó la atención fué la alusión al día no lejano en que las tropas francesas evacuarían los Estados romanos. «Cuando nuestro ejército se retire, ¿qué dejará en pos? ¿la anarquía, el terror ó la paz?» Después de entreabrir tan inquietantes perspectivas, el emperador escurrió de nuevo el bulto y, como era natural en una arenga dirigida á un arzobispo, terminó con estas palabras llenas de unción: «Hemos de buscar

con calma la verdad y rogar á la Providencia que ilumine á los pueblos y á los reyes para el prudente ejercicio de sus derechos y acerca de la extensión de sus deberes.» Este llamamiento á la Providencia era muy edificante, pero no contenía nada de lo que se deseaba saber. La cuestión italiana era ya de por sí muy compleja. ¿Qué iba á resultar si se complicaba de veras con la cuestión romana?

El 12 de octubre, Napoleón regresó á París, donde encontró un verdadero congreso de italianos notables, ávidos de hacer hablar al esfinge. El 16 les dió audiencia. En primer lugar recibió á los enviados de Parma, y después de haberles asegurado que serían piemonteses, les despidió encantados. Luego fueron introducidos los delegados de Florencia, que eran los Sres. Peruzzi, Corsini, que venía de Londres, y Matteucci, que acababa de llegar de Turín. Corsini leyó su mensaje, al que contestó el emperador recordando los compromisos de Villafranca. Dijo que cedería por lo que tocaba á Parma, y trasladaría la duquesa de Parma á Módena, donde su hijo podría casarse con la sobrina del duque Francisco V. Respecto á Toscana, explicó, con muchos miramientos, que estaba muy comprometido; que la vuelta del gran duque se imponía, mediante una constitución y la adopción de una bandera nacional. Después de haber hablado así, Napoleón procuró suavizar su negativa. Proclamó el principio de la no intervención, habló de las misiones de los Sres. Reiset y Poniatowski, pero casi excusándose, diciendo que llevaban el encargo de ejercer una acción conciliadora y que «si habían hecho más, se habían excedido.» El monarca habló muy libremente de los príncipes destronados. Tuvo frases muy favorables para el hijo del gran duque, aunque las mezcló con un poco de ironía. Del duque de Módena dijo estas simples palabras: «No tengo motivos para quererlo mucho.» La duquesa de Parma le inspiraba un interés simpático: «No la conozco, pero el Austria no le tiene afecto.» El emperador levantó la audiencia, dejando á los delegados muy perplejos. Seguramente se les desatendía; pero la desobediencia sería tan poco peligrosa como cándido era el someterse. El ministro sardo de Negocios extranjeros, Sr. Dabormida, recibido por el emperador dos horas después, se separó del monarca con la misma impresión, según se dijo. «Napoleón está ligado con Austria, escribió, pero no maldecirá la mano que lo desligue (1).»

Cuatro días después, un documento que puede llamarse oficial, aunque no figuró en *El Monitor*, formuló lo que se consideraba como la política del gobierno francés. El *Times*, y después de este periódico inglés el *Constitutionnel* (2), publicaron una carta del emperador, dirigida en 20 de octubre al rey Víctor Manuel. Napoleón persistía en mantener las estipulaciones de Villafranca. Sólo sobre un punto admitía que fuese derogado. La Cerdeña obtendría el ducado de Parma, y la duquesa de Parma sería trasladada á Módena; si los italianos limitaban á esto sus deseos, el Austria no sería menos generosa y aseguraría á Venecia libertades tan amplias que esa autonomía sería sinónima de independencia. Además, en los Estados restaurados se promul-

(1) Partes del Sr. Peruzzi al Sr. Ricasoli, 16 y 17 de octubre de 1859. (Bianchi *Storia documentata*, tomo VIII, págs. 597-608).

(2) Véase el *Constitutionnel* de 31 de octubre de 1859.

garían reformas bastante extensas para satisfacer á todas las aspiraciones legítimas. Tal era en globo la carta imperial. Al día siguiente de Villafranca, cuando dominaba el temor de perderlo todo, quizá la hubieran atendido. Ahora la carta no pareció más que una importuna repetición. Todo el mundo se afirmó cada vez más en la idea de que había dos políticas: una, imperiosa en la forma, pero impotente, la de Walewski, que ya caía en descrédito; y otra, á veces reprensiva, pero nunca hasta la hostilidad, y siempre generosa á la hora del verdadero peligro, la del emperador. Era la primera de estas dos políticas la que acababa de manifestarse. La segunda se condensaba en los informes de los agentes secretos que, bajo amenazas benignas, habían adivinado, mucho tiempo hacía, el buen deseo ó al menos la tolerancia. Entre los italia nos, las razones para esperar superaban á las razones para temer. Los unos decían: «El emperador nos dejará hacer;» y añadían los otros, forzando algo la nota, á mi juicio: «La mejor manera de agradecerle es resistirle.»

IV

Dos cosas favorecían entonces á la Italia central en la empresa que perseguía.

Desde luego tuvo la previsión de asegurarse una fuerza militar, no muy importante, pero suficiente para intimidar á sus enemigos. En agosto formóse entre los cuatro Estados de Florencia, Módena, Parma y Bolonia, una *liga* para la defensa común. La Toscana había de aportar 10.000 hombres; Módena y Parma, 4.000 cada una; y Bolonia, 7.000. Políticos imprudentes hubieran nombrado á Garibaldi jefe de esta liga; tal desacierto se evitó. Se necesitaba un general capaz de organizar sólidamente las tropas y bastante correcto para no despertar los recelos de Europa. Víctor Manuel proporcionó á la liga uno de sus tenientes generales más apreciados, el general Fanti, que tuvo por segundo á Garibaldi. Oficialmente, el general Fanti abandonó el servicio del Piemonte; pero estaba convenido que, cuando quisiera, recobraría en el ejército sardo su grado y su antigüedad (3). Tras de él llegaron, en las mismas condiciones, numerosos oficiales sardos, encargados de crear los cuadros ó reforzarlos. A últimos de septiembre, el ejército contaba, según se aseguró, unos 30.000 hombres.

La cuestión era mantener el orden público é impedir sobre todo cualquier tentativa de restauración.

Los gobiernos provisionales de la Italia central explotaron hábilmente otra circunstancia favorable. Tan pronto como vio algunas fuerzas organizadas, Garibaldi, segundo comandante de la *Liga*, concibió toda clase de proyectos, principalmente el de libertar á las Marcas y penetrar hasta los Abruzos á través del Estado pontificio. Fanti y Farini no desecharon de pronto el proyecto, pero, escuchando prudentes consejos de Florencia y de Turín, lo abandonaron luego. Garibaldi se obstinó é intimó un día á Farini que le cediese la dictadura. Farini no cedió, y Garibaldi, retirándose de la *Liga*, se alejó á fin de perseguir en otra parte, como más tarde

(3) Carta de Rattazzi, ministro del Interior, al general Fanti, 23 de agosto de 1859 (Bianchi, *Storia documentata*, tomo VIII, pág. 578).